

## 18. La oración de Cristo y nuestra unidad

Si la oración de Jesús coincidía con su persona y tenía la dimensión infinita de su relación trinitaria con el Padre, entonces comprendemos que también debemos entendernos a nosotros mismos, nuestra naturaleza y vocación, lo que somos y estamos llamados a ser, a la luz de la oración de Jesús. Entonces es importante *escuchar* la oración de Jesús, meditar sobre las palabras e intenciones que ponía en su oración. Podemos realmente entendernos si permitimos que nos describa y cambie lo que Jesús le pide al Padre por nosotros y con nosotros.

Y es aquí donde la oración sacerdotal, que preferiría llamar "oración filial" del capítulo 17 de San Juan, es particularmente valiosa. Porque en ella Jesús le pide al Padre que los discípulos sean uno como el Hijo y el Padre son uno. Jesús pide que entremos juntos, unidos a Él, en la comunión de la Trinidad. De esta manera, Jesús describe y define nuestra vocación en nuestro pertenecer a Él. Realmente podemos llegar a ser nosotros mismos, podemos entrar en la plenitud de vida que Cristo hizo posible para nosotros con la Cruz y la Resurrección, si nos abandonamos a lo que el Hijo le pide al Padre para nosotros.

Luego, ¿qué pide Jesús en su intensa oración sacerdotal y filial, prelude de todo el misterio pascual?

Brevemente, pide que todos los discípulos, y todo el mundo gracias a ellos, entren con él en comunión eterna con el Padre, en "el ser UNO" del Hijo con el Padre en el Espíritu Santo.

La oración de Jesús coincide con esta comunión eterna de amor con el Padre. Jesús nos hace comprender que con su oración quiere unirnos a todos en esta comunión de amor, que coincide con la vida eterna, como Jesús dice al comienzo de la oración sacerdotal: "Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo" (Jn 17,3).

"Conocer", en el sentido bíblico, no significa solo "saber algo", como cuando pensamos conocer a una persona porque lo sabemos todo sobre ella, tal vez cuando sabemos todos los chismes sobre ella, es decir, sabemos todos sus defectos. En cambio, "conocer" es en la Biblia la experiencia misteriosa del otro que nos es dada por amor, por conocer al otro con el corazón, como Dios nos conoce (cf. 1Sam 16,7). Al pedir este conocimiento del Padre y del Hijo para nosotros, Jesús pide la comunión del amor eterno entre el Padre y el Hijo, es decir, pide el don del Espíritu Santo. La oración de Jesús quiere, por lo tanto, introducirnos en esta relación única y eterna de amor, que es precisamente la Unidad Trinitaria entre el Padre y el Hijo. Toda la mística cristiana está contenida en esta experiencia. "Contenida", por decirlo de alguna manera, porque es esta experiencia sin límites ni fronteras que "contiene" toda la mística cristiana. De hecho, los místicos dicen que "se pierden" en esta experiencia.

Esta oración de Jesús que pide todo para nosotros, que nos abre a la experiencia infinita de la comunión de la Trinidad, implica, sin embargo, un aspecto que para nosotros es como una condición para poder entrar en esta experiencia infinita y eterna: nuestra unidad, la unidad entre nosotros, la unidad de los discípulos.

Y es aquí donde se percibe el aspecto dramático de la oración de Jesús al Padre. Percibimos que si Jesús pide este nuestro ser "uno", como el Padre y el Hijo son UNO, esto implica que esta gracia, esta experiencia eterna e infinita, por la cual Jesús ofrece su vida entera, podríamos rechazarla, podría no realizarse en nosotros. Quizás, fue esta posibilidad la que hizo la oración de Jesús en Getsemaní no solo dramática, sino angustiosa. Porque Jesús muere en la Cruz para dar a toda la humanidad esta vida eterna en la Comunión Trinitaria, y en Getsemaní, la tentación que sufrió Jesús fue probablemente la de tener que sufrir y morir en vano, es decir, dar a los hombres un don que hubieran rechazado. Porque la vida eterna en la Comunión Trinitaria es una vida de amor puro, y el amor solo es posible si es libre. Por eso la petición esencial de Jesús en el capítulo 17 de Juan no es tanto para convencer al Padre de dar la vida eterna al mundo, porque esto el Padre lo decidió y quiso desde toda la eternidad hasta el punto de mandar a su propio Hijo a morir por nosotros. No, la petición esencial de Jesús es que haya en el mundo una realidad que haga visible y atractiva la Trinidad, el amor infinito de la Comunión Trinitaria. Jesús pide que en el mundo haya la misma comunión trinitaria a la que Dios quiere atraer a toda la humanidad. Que en el mundo haya un signo vivo y real de la Unidad entre el Padre y el Hijo, de modo que "el mundo crea" (17,21), el "mundo reconozca" (17,23) este amor que es también para él, para todos, de forma que cada libertad puede acoger en Cristo el amor que nos hace hijos de Dios.

Esta es la razón por la cual la gran oración de Jesús, ardiendo con esta pasión de salvación para todos, en última instancia solo pide una cosa: la unidad de los discípulos, la comunión fraterna de los discípulos. En la oración sacerdotal es como si la unidad de los discípulos fuese el meollo del asunto, porque es la realidad suspendida entre la libertad de Dios y la libertad del hombre. Por un lado, está la Trinidad, con su amor infinito que desea salvar a todos; por el otro, está la humanidad, el mundo, cuya libertad corre el riesgo de no conocer este inmenso don y, por lo tanto, de no acogerlo. En el medio, por así decirlo, está la Iglesia, el misterio de la comunidad de discípulos, llamados a hacer conscientemente como de puente entre la libertad de Dios y la libertad del mundo, para que puedan abrazarse eternamente.

La comunión de los discípulos se convierte así en lo más importante del mundo, lo más importante para Dios y para el mundo. Dios lo sabe, el mundo no; pero nosotros debemos ser conscientes de ello por amor a Dios y por amor al mundo. Sin la unidad de los discípulos, la humanidad no puede ser atraída por y hacia la Comunión eterna con Dios, hacia la Comunión que Dios es en la Trinidad. También nosotros, si rechazamos la comunión en Cristo entre nosotros, la rechazamos también como vida eterna, como el cumplimiento total y eterno de nuestra vida.

Por lo tanto, lo que me gustaría profundizar con vosotros es cómo San Benito, consciente de este punto esencial de la vida cristiana y monástica, quiere siempre educarnos para vivir al máximo y sin límites esta unidad, esta comunión.